

EN LA CAJA, DESNUDO

(CUENTO BREVE)

POR FÉLIX FERRER GIMENO

ENTREABRIÓ la puerta. La hermana, callada, pálida, miraba inmóvil al padre echado en el lecho. La respiración desacompañada, lenta, del enfermo, delataba al trance desesperado de la muerte.

—Llegó carta, ¿sabes?, por eso estoy aquí. ¿Qué ha pasado?

—Nada... Hambre, enfermedad. Lleva dos días así. Quiere vivir, pero muere.

El hermano se subió el cuello de la chaqueta y miró el cuerpo maltrecho del padre. Una manta, raída, lo cubría.

—¿Por qué no hay sábanas?

—Se vendieron.

Le asustó la desolación y una angustia incontenible estremeció su ser.

—Llama al médico; se muere.

—¿Para qué?

—Puede salvarse.

—No, ya no vive. Murió hace tiempo...

El hijo coge la mano al padre. Se inclina y procura darle calor con sus labios. El pulso, débil, deja de sentirse.

—Está muerto.

—¡Muerto!

La hermana se incorpora y busca algo en el cajón hecho con tablas viejas. Es armario, mesilla, baúl. Saca un libro y lo abre.

—Pon esta estampa en el pecho de padre.

—¿Has pensado en la iglesia?

—Sí, ayer estuvo el párroco.

—¿Confesó?

—Oí que hablaba.

—¿Qué te dijo?

—Que estaba en paz con Dios.

—¿Nada más...?

—Que éramos muy pobres y que el pobre podía tener el alma rica, que era lo que importaba. La parroquia hará por ayudarnos.

—Ahora hay que pensar en el entierro.

—¡Y en la ropa!

—¿Qué pasa con la ropa?

—Padre no tiene qué vestir. Habrá que meterlo en la caja, desnudo.

—¿Empeñada?

—Sí.

—¿Cuánto te dieron?

—Veinte duros.

—Los tengo; no me quedan más, pero los tengo.

—No sirven.

—¿Por qué?

—Vendí la papeleta.

—¿Qué hacemos?

—No sé; tú eres hombre.

—Pruébale mi chaqueta.

—Le viene grande.

—Es igual; pónsela, y los pantalones y la camisa.

—¿Y tú?

—¡Yo...!

—Está guapo, ¿verdad?

Ahora llora. Se echa en la cama y con sus dedos largos, finos, de niña, acaricia la frente, los ojos, los cabellos del padre; luego, besa al hermano.

—Toma los veinte duros.

—¿Para qué? No hacen falta ya.

—Sí, cómprale flores.

—Es verdad, ¡flores...!

Reza. (Quizás piense como san Agustín: «...una flor se marchita...; una oración... Dios la recoge»).

Y le cierra los párpados, conmovida.